

ción para que recorriera con holgura toda la Italia, imponiéndole la condición de no entrar á Roma bajo la pena de su derrota. Pues no bien hubo la infeliz, llena de orgullo, puesto el pié en el lugar santo, cuando vió aparecersele amenazador el espectro de su misma derrota, conociendo que podía serle fatal en vista del gran movimiento que agita todo país católico de dentro y fuera de Europa.

Cierto es que la *Opinion*, periódico ministerial, mira todo esto como juego de niños, y que en la *Gazzetta d'Italia* lo toma á chanza y procura desacreditarla; ¿pero qué importan sus risas y sus burlas contra la verdad? Claro intento de la revolución en la toma de Roma fué, envilecer el Pontificado á los ojos de la muchedumbre, empañando el lustre de su corona, y disminuirle en seguida aquella fuerza moral que tiene entre todos los católicos. Pues bien, desde la toma de Roma hasta hoy, no ha conseguido ni consigo sino todo lo contrario. Es bien sabido que aumenta en fuerza y se arraiga en los ánimos un principio, mientras mas solemne es el acto con que se hace profesión de este mismo principio. ¿Y en qué otro tiempo se hace profesión mas solemne y mas universal del principio divino de autoridad que tiene el Pontífice, de donde se deriva toda la fuerza moral del mismo? Pues esto es lo que se ha profesado en esos millares de manifiestos que agolpados han llegado á Roma, tanto del episcopado como del clero y de los seglares: esto se repitió en aquellos millares de reuniones que se tuvieron por las sociedades católicas de todas clases: esto se proclamó altamente en las grandes asambleas que tuvieron lugar en el Imperio Austríaco, en la Alemania, en Bélgica, en Inglaterra y en Irlanda. ¿Y los allivos republicanos de los Estados-Unidos no rindieron el mismo homenaje de sujeción á la autoridad pontificia? Sí, lo rindieron aquellas reuniones de diez mil católicos en Nueva-Orleans, de veinte mil en Nueva-York, de treinta mil en Filadelfia, de cincuenta mil en Baltimore, y de mas de cien mil en Cincinnati. Leed sus manifiestos y sus protestas, y la primer cosa que encontraréis, es el reconocimiento explícito de la suprema y divina autoridad del Pontífice. ¿Y de dónde proviene esta profesión de creencia tan espléndida y tan universal; de dónde este grande acto de respetuoso homenaje por el cual la autoridad pontificia brilla con nueva y vivísima luz en el mundo? Pues he ahí la fecha y la ocasión: la toma de Roma.

Quiérese á todo trance, que el Papa tenga libre el ejercicio de su autoridad y que tal aparezca á los ojos de todo el mundo. Los católicos no solamente rinden ese público y universal homenaje al principio de autoridad tan oxeosa, sino que usan de todos los medios á fin de que tal fuerza moral se libre de todo impedimento, por mas pequeño que sea, y se desarrolle libremente en todos sus actos en la

Iglesia. De aquí es que, si hacen coleccion para el Obolo de San Pedro, las hacen con el objeto de que el Pontífice, libre de toda dependencia temporal, use con mayor soltura de su autoridad espiritual. Si dirigen manifiestos á los gobiernos y súplicas á los reyes, súplicas y manifiestos piden el libre ejercicio de la autoridad pontificia: si se reúnen en asambleas, si hacen atrevidas protestas, si se ordenan, si se forman como en batalla, lo que les mueve, lo que les agita, lo que les arrastra á obrar con tanto brío, es la defensa de la libertad del Papa como maestro y regente del mundo católico, y es la firme voluntad de desatar de todo vínculo la fuerza moral del Papado. Registrad de arriba abajo toda la historia eclesiástica y no encontraréis época alguna en que todo el pueblo cristiano esparcido del Oriente al Ocaso, del Septentrion al Mediodía, se haya encontrado tan afanado para dar con sus actos mayor relieve á la autoridad pontificia, ó para hacerla mas poderosa en su ejercicio. La revolución con la toma de Roma, juzgaba que la abatia, y miradla que al contrario, merced á esa misma toma, se levanta gigantesca ante su atónita mirada, desmintiendo á los menguados que se atrevieron á soñar que el Papado habia muerto.

Lo que la revolución odia mas en la Iglesia como cuerpo social, porque es lo que mas teme, es la gerarquía que toda se concentra en el Papa; de donde se produce aquella admirable unidad de pensamiento y de gobierno, que hace á la Iglesia tan fuerte contra los golpes y asaltos de sus enemigos. Habiendo luchado y enfurecido en vano contra esta unidad, tanto en el siglo pasado como en el presente, juzgó que la toma de Roma le sería un medio eficazísimo, pues con la sujeción podria el Papa aparecer tal vez sospechoso á algunas sedes episcopales; y la ocasión pareció oportuna por los sabidos resentimientos sobre la definición de la infalibilidad, porque de la exacerbación y sospechas que ocasiona un desacuerdo, no hay mas que un paso para la división de pensamientos y de afectos, y de esto, otro breve paso para el cisma. ¡Pero qué! apenas la revolución comenzaba á preparar su villana empresa tomando á Roma, cuando vemos á todo el episcopado estrecharse alrededor del Pontífice, y á los pueblos alrededor del episcopado. Se declara altamente la unidad de pensamiento y la unidad de afectos ardentísimos hacia el Pontífice. El americano no disiente del europeo, ni el inglés del español, ni el portugués del suizo, ni el alemán del bolga ó del italiano, ni el húngaro ó el eslavo del austríaco. Son diversas las razas, diversas las naturalezas; Francia y Alemania guerrean y mátause á porfia; nada de esto importa; una sola es la voz que sale de todos estos países; uno el objeto de todos estos afectos, el Santo Padre, el Papa. La unidad de los conceptos, la unidad de los corazones brilla en cada

ángulo del catolicismo, tan clara y tan refulgente, que el ánimo del protestante fuertemente conmovido á tal aspecto, ó se le une, ó queda obligado á admirarla. ¿Y á qué debemos agradecer este prodigio de unidad? A la toma de Roma.

(Concluirá.)

FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

Desde que el Hijo de Dios, al separarse de sus discípulos en la cima del Monte de los Olivos, les mandó ir en su nombre por todo el mundo á predicar la Buena nueva á toda criatura y enseñar á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, desde ese momento el agua regeneradora del bautismo nos limpia de la mancha original en nombre de la adorable Trinidad; en su nombre augusto se nos fortifica para confesar la fé mediante la gracia de la confirmación; se borran nuestras faltas en el tribunal de la penitencia; recibimos el Pan de los ángeles en la mesa Eucarística; el enfermo es fortificado por el bálsamo santo; el sacerdote recibe su sagrado ministerio, y los esposos son enlazados. Al empezar nuestros santos oficios, al recibir las bendiciones de nuestros pontífices y pastores, al cantar en nuestros templos los cánticos de alegría, ó al suspirar y gemir con nuestros himnos de tristeza, todo es hecho ó terminado dando gracias al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo.

¡Misterio inefable que no puede comprender la pequeña inteligencia del hombre! Sin embargo, el solo anuncio de él por la boca de Jesús, explica los misterios que estaban como envueltos y sellados en las antiguas Escrituras, desde sus primeras palabras: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza,» en que es designada la Santa Trinidad, y por las que conocemos que llevamos en nosotros mismos un reflejo de la Trinidad. El pensamiento, dice Bossuet, (1) que sentimos nacer como el germen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia, nos da alguna idea del Hijo de Dios, concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Hé aquí por qué este Hijo de Dios, toma el nombre de Verbo, á fin de que entendamos que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, sino como nace en nuestra alma esta palabra interior, que sentimos en ella al contemplar la verdad.

«Pero la fecundidad de nuestro espíritu no se termina en esta palabra interior, en este pensamiento intelectual, en esta imagen de la verdad, que se forma en nosotros. Atanamos á esta palabra interior y al espíritu de que ella nace; y amándola, sentimos en nosotros alguna cosa que no nos es menos preciosa que nuestro espíritu y nuestro pensamiento que es el fruto de uno y de otro, que se une y no forma con ellos mas que una misma vida.

«Así, (en cuanto es posible encontrar relación entre Dios y el hombre,) así, digo, se produce en Dios el amor eterno que sale del Padre que piensa, del Hijo que es su pensamiento, para hacer con El y su pensamiento una misma naturaleza igualmente perfecta y feliz.

«Nuestra alma es; y cuando ella sabe perfectamente que ella es, su inteligencia responde á la verdad de su ser; y cuando ella ama á su ser con su inteligencia, su amor iguala la perfección del uno y del otro. Es-

1 Bossuet, *Hist. univers.*, chap. 19.